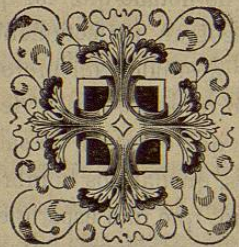


venidos cristianos, y aunque es verdad que han perdonado la vida á muchos religiosos, hay ocasiones en que es tan implacable su saña, que olvidando esta remisa veneracion que demuestran, les quitan tambien las vidas, como se verá en las atroces muertes que mediante Dios referirémos en esta crónica.

En la ocasion en que estoy escribiendo esta historia, están los indios del reino de Leon muy revueltos, ejecutando cada dia mayores lástimas y atrocidades, así en los pastores como en los vecinos, en tanto grado, que han precisado al gobernador que salga á campaña con mucha gente, para contener con las armas su soberbio y atroz orgullo: en el camino del Parral, especialmente en las haciendas y estancias de Durango, se han avilantado tanto, que nunca habian llegado á ejecutar sus hostilidades tan cercanas á la ciudad de Durango como el año de 35, pues como queda referido, al cuarto de legua han ejecutado sus atrevidos insultos. Omito muchas lástimas que pudiera referir en esta materia, y me contento con esta leve insinuacion del trabajoso estado en que se hallan muchos conventos de la provincia, por no ser molesto en la crecida narracion de tantos infortunios; que escribir dilatados tratados de cosas y casos lastimosos y todos de una misma especie, es provocar á cansancio, mas que á sentimiento, y dar hastío al lector con repeticiones iguales, como sintió Casiodoro. Antes presumo que me he escedido en este punto de las atrocidades de los indios bárbaros, pero no debe admirar que haya quejosos, si somos todos tan lastimados.



## PARTE CUARTA.

**Dase noticia de diversos religiosos que murieron á manos de los bárbaros en obsequio de su apostólico ministerio.**

### CAPITULO I.

*Refiérese la primera sangre que se derramó en los principios de la fundacion de esta provincia por el P. Fr. Bernardo Cossin, su hijo.*

CON el precio mas subido, decia Séneca, se compra lo que con trabajos se logra, que aun por eso es muy estimable para el fatigado labrador la miel que regó con sus repetidos sudores y secundó con sus continuados afanes, y esta es tambien la causa porque esta religiosa provincia de Zacatecas ame tiernamente los pueblos que ha fundado en sus distritos, como partos de su dolor y mieses regadas con tanta sangre religiosa como han vertido sus hijos á manos de los indios caribes, en las fundaciones y conservacion de las casas de doctrina, que han sido el primer conato y principal desvelo de nuestra religion seráfica en los dilatados términos que ocupa. Muchos son los hijos de mi seráfica familia que, criados en tanto número de provincias como por todo el orbe la ilustran, han sacrificado sus vi-



das para aumento de la evangélica ley en diversas partes de la tierra, ofreciéndose voluntariamente al cuchillo de los tiranos, por sacarlos de los errores en que vivían y reducirlos al seguro rebaño de la Iglesia. Pero no se le puede negar á esta provincia de Zacatecas ser el Benjamin del Jacob de la ley de gracia, mi seráfico patriarca, ya por lo pequeño y retirado de todas, y lo principal, por ser hija del dolor tantas veces repetido en las tiranas y atroces muertes que han dado los bárbaros caribes á sus religiosos hijos, pues pasan de veinte los hijos de esta provincia que por la esaltacion de la fé católica han derramado su sangre en los términos de esta provincia, y si á este dolor se junta el prolongado martirio que padecen sus religiosos hijos, metidos entre los bárbaros, no hay duda que será el mas escesivo y que los acredite de Benjamin verdadero.

Muchos son los religiosos de esta provincia que han hecho sacrificio de sus vidas en los términos en que está fundada; y aunque los primeros fueron hijos de la esclarecida provincia del Santo Evangelio, madre de todas las de este nuevo mundo, como esta santa provincia proveía de religiosos á la custodia de Zacatecas, ninguno debe estrañar que los comprenda en esta crónica de Zacatecas, una vez que la obediencia los señaló por hijos de ella, y en sus países derramaron valerosamente su sangre, predicando á sus indios bárbaros con apostólico celo: varias son las noticias que tengo acerca de este asunto; pero omitiré las que parecen confusas, y que no tienen toda la certidumbre que se requiere para ponerse en una historia verdadera, y solo referiré las que de originales muy radicados he cogido, y las que de pública voz y fama de toda esta tierra son generalmente conocidas é individualmente ciertas: aunque las incomodidades del país, las distancias desmedidas y los incendios de los conventos y sus archivos, nos han dejado tan limitadas las memorias y tan ocultas las cosas dignas de saberse, á que no ha ayudado poco el haber sido sus religiosos mas aplicados á emprender hazañas dignas de su celo que á escribirlas; y habiendo tenido las manos en tan santa labor ocupadas, han tenido en este particular siempre las plumas ociosas, cuidando mas de la obligación que de la fama: ni los disculpo por esto, que si hubieran, como César, peleado y juntamente escri-

to, hubieran dejado á los ojos de la posteridad ejemplos que seguir y heróicas acciones que imitar; pero pues no nos dejaron mas que los ecos, escribiré solamente lo poco que con solidez he alcanzado, y se podrá perdonar lo diminuto por lo que tiene de cierto.

Fundáronse los conventos del Nombre de Dios y de Durango por el año de 1554, y le pareció á la Divina Providencia tiempo oportuno de que la religion seráfica en este nuevo orbe de la América, sobre el ceniciento saco que por mortificación ciñen sus hijos, vistiesen la púrpura del martirio, y saliesen al teatro de esta nueva iglesia indiana á representar los triunfos de su apostólico celo, coronándola de los laureles que crecieron con el riego de su sangre derramada por la fé católica. Entre los muchos que se destinaron para este efecto por los prelados de la provincia del Santo Evangelio, uno, y el mas dichoso, fué el P. Fr. Bernardo Cossin, á quien el M. R. P. provincial que á la sazón era del Santo Evangelio Fr. Francisco de Bustamante, envió al Nombre de Dios para que estuviese á la disposicion del P. Fr. Pedro de Espinareda, prelado de aquel convento y custodia.

Este venerable varon fué el primero que de los cristianos viejos rubricó con su sangre las verdades de la fé católica en estas partes de la América, mereciendo por su apostólica vida y virtudes maravillosas esta dicha, que aunque se la disputa nuestro erudito Torquemada, hay autores fidedignos que dan á Fr. Bernardo Cossin la primacía, fuera de que el mismo Torquemada afirma que no sabe qué año murió Fr. Bernardo Cossin á manos de los bárbaros chichimecos, y faltándole esta noticia, mal pudo sacar el cómputo de los años para atribuir á otro la primacía; y mas cuando confiesa él mismo que algunos en sus historias lo ponen por primero de los antiguos cristianos; que de los modernos, ya un indiezuelo de Tlascala llamado Cristóbal fué primero martirizado, con que sin perjuicio de otro que pueda alegar mejor derecho, afirmo: que el primero de los mártires de los cristianos antiguos de este nuevo mundo fué Fr. Bernardo Cossin, religioso de mi seráfico Padre San Francisco, de la provincia de Zacatecas, en la ciudad de Durango, valle entonces de Guadiana, y perteneciente á la provincia del Santo



Evangelio, de quien siempre fué custodia hasta que se erigió en provincia.

Asentada la primacía del martirio en estas partes por Fr. Bernardo Cossin de la provincia de Zacatecas, custodia que era entonces de la del Santo Evangelio, paso á referir las circunstancias maravillosas de su muerte. Fué el venerable P. Fr. Bernardo Cossin, sacerdote de nacion frances, hijo de la provincia de Aquitania: no se sabe el lugar de donde fué oriundo, pero sí el convento en que vivia cuando pasó á la Nueva-España, que es de San Juan de Luz, tres leguas distante de la ciudad de Fuenterrabía, plaza de armas de la provincia de Guipúzcoa. Teniendo este bendito religioso noticia de la multitud de infieles que por medio de nuestros religiosos se convertian al cristianismo en estas tierras, sacó licencia de los preladados para ocuparse en ejercicio tan santo en la Nueva-España. Llegó á la ciudad de México, donde dió evidentes muestras de su religiosidad y celo, pues no solo era el primero en todos los actos de comunidad, sino que procuraba adelantarse en devotos ejercicios: en la guarda literal de su regla fue observantísimo, sin que jamas se le advirtiera la mas mínima dispensa aun en sus consejos evangélicos. Fué en extremo penitente, sin admitir para su abrigo mas que un grosero hábito viejo que trajo toda su vida á raiz de las carnes, sin mitigacion ni alivio alguno: sus jornadas, que fueron dilatadísimas y por caminos escabrosos, siempre las hizo á pié y descalzo; su viático fue la Divina Providencia; su breviario, un báculo y un crucifijo, que era el norte de su rumbo, á quien miraba continuamente para imitar sus pisadas en lo posible: contemplaba indispensablemente los tormentos de su Divino Maestro, y considerando la ingrata correspondencia de los hombres, se deshacia en copiosas lágrimas: el celo de la salvacion de las almas fué el que enardecia su espíritu; éste le sacó de su patria; éste le hizo peregrinar por toda la España; éste le hizo que, despreciando los peligros del tempestuoso Occéano, pasase á México, y finalmente, este fué el que le sacó de la quietud de su celda y le obligó á dar la vida en su demanda.

Para este fin sabiendo que en los nuevos conventos que se habian fundado adelante de Zacatecas, habia multitud de gen-

tiles, y mucha falta de operarios para la gran cosecha que se ofrecia para los graneros de la Iglesia, pidió licencia al prelado y se la concedió señalándole por súbdito del padre Fr. Pedro de Espinareda. Salió de México este valeroso soldado, fortalecido con el escudo de la fé á presentar batalla cámpal al infierno, solicitando despojarle de tantos bárbaros chichimecos, como tenia alistados para sus oscuros calabozos; pasó con muchos trabajos hasta llegar á las serranías de Sombrerete, donde habitaban innumerables bárbaros chichimecos, acompañado de dos indios mexicanos. En cuantas partes encontraba indios congregados, evangelizaba la divina palabra con apostólico celo: sucedió en los contornos de Sombrerete que predicando á los bárbaros que encontraba en los caminos, heridos estos del desprecio con que hablaba de sus dioses, enarcando sus balistas le tiraron innumerables flechas para matarle; pero Dios que queria manifestar á los bárbaros la grandeza de su poder, y la eficacia del Evangelio que Fr. Bernardo predicaba, dispuso que las flechas que disparaban al bendito religioso, sin tocarle un hilo de su ropa, se revolviesen contra los mismos indios que las tiraban, con tal violencia, que murieron muchos de ellos al impulso que les daba la mano oculta de Dios, que las rebatia. Conocieron los bárbaros el prodigio; pero obstinados mas como otro Faraon, á vista de esta maravilla, no atendieron á que la mano poderosa de Dios era la que en confirmacion de la ley Divina que se les predicaba, por el aire volvia contra ellos sus saetas; y así endurecidos huyeron admirados, confusos y medrosos, dejando el campo y la victoria al padre Fr. Bernardo por suya.

Dió el bendito padre innumerables gracias á la Magestad Divina por el prodigio, y radicado mas en su santo celo, pasó al Nombre de Dios á dar la obediencia al devoto padre Fr. Pedro de Espinareda, quien le recibió con entrañas de amoroso padre, y despues de haber descansado algunos dias, le envió á Durango para que en compañía del padre Fr. Diego de la Cadena, evangelizase á los chichimecos de su serranía. Antes de salir á campaña, se previno el apostólico varon con duplicados ejercicios de oracion y penitencias, y fortalecido con el manjar divino que recibió, habiendo celebrado con muchas lágri-



mas el Santo Sacrificio de la misa, se despidió de su compañero, y con un crucifijo en las manos entró por la serranía de Durango en busca de gentiles, para reducirlos á la fé de Jesucristo; pocas leguas habia andado, cuando encontró con una numerosa ranchería, y enarbolando el sagrado crucifijo, comenzó con alentadas voces á afearlos sus bárbaros ritos y ceremonias, persuadiéndoles abrazasen las verdades de la ley Evangélica: confusos y admirados de la resolución del apostólico ministro estuvieron los bárbaros largo tiempo, hasta que irritados de la astucia del demonio, que veia que por medio de este varon se habia de minorar mucho su imperio, con crueldad le flecharon, sin que pausase en predicarles, hasta que entregó su espíritu con el divino simulacro de Cristo crucificado en las manos.

Este dichoso fin tuvo el venerable padre Fr. Bernardo, coronando todas sus acciones con la púrpura de su sangre, que valerosamente derramó por la exaltacion y honra del nombre santo de Dios. Tuvo noticia de su dichosa muerte el padre Fr. Diego de la Cadena, y acompañado de algunos indios amigos y los españoles, salió en busca del cuerpo de su hermano, que habiendo estado cinco dias tirado al sol, lo encontró tan flexible como si acabaran de matarle, y vertiendo fresca sangre por sus heridas con una fragancia tan singular, que dejó á todos admirados y devotos. Diósele sepultura en el convento de Durango, donde aunque al presente hay pocas memorias de este bendito religioso; pero yo creo piadosamente que está escrito en la memoria eterna, en que se escriben los justos por su apostólica vida y muerte felicísima. Padeció este ínclito atleta de la fé, el año de 1555, dos años despues de fundado el referido convento del Nombre de Dios, y uno despues de fundado el de Durango por el padre Fr. Pedro de Espinareda, que tuvo la fortuna de ver las primicias de su apostólico celo en la sangre de su primer hijo. Aquí debia yo emplearme en alabanzas de la invicta paciencia de este héroe esclarecido, haciendo saludable para la devocion la memoria de las tribulaciones con que costó sus glorias; pero en mí este empeño fuera osadía temeraria siendo tan tibio de espíritu, y así me contento con referir sencillamente sus hazañas, fiando á la devocion los afectos que no puede dar la pobreza de mi pluma.

## CAPITULO II.

*Refiérense otros cuatro religiosos que fueron muertos por estos tiempos en Sinaloa por los bárbaros.*

Noticioso el venerable padre Fr. Pedro de Espinareda de la feliz muerte de Fr. Bernardo, celebró el triunfo con especial júbilo de su espíritu, y retirándose á la oracion á dar á Dios las gracias por tanto beneficio, salió de ella, determinado de enviar nuevos obreros á una nueva labor que tenia noticias de la provincia de Sinaloa, de innumerables bárbaros, para que fecundados con el rocío de la doctrina católica, diesen á Dios con su conversion continuas alabanzas. Habia pocos dias que habian llegado á su compañía el padre Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, y el padre Fr. Juan de Herrera, religioso lego, señalados por el M. R. P. provincial del Santo Evangelio, para la conversion de las gentes de esta nueva custodia. Era el padre Fr. Pablo de Acevedo portugues de nacion, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz de la Isla Española, hoy de Santo Domingo; era celosísimo de la salvacion de las almas, y movido de la fama de lo mucho que nuestros religiosos trabajaban en la provincia del Santo Evangelio en la conversion de las almas y administracion de los santos sacramentos á los indios, alcanzó licencia para venirse á ella. De su santo celo y aprobada vida, dieron testimonio no solo los que le conocieron en México, sino los que en estas partes le comunicaron: era celador acérrimo de la divina honra, y los deseos de la salvacion de las al-